

El contubernio de Munich

Fernando López Agudín

HACE unos veinte años, a primeros de junio de 1962, más de un centenar de españoles, reunidos en Munich, conmovían las estructuras del régimen franquista con una simple declaración democrática rubricada por todos ellos y las diversas organizaciones políticas que representaban; el contubernio de Munich, como rápidamente fuera calificado por la propaganda de la dictadura, fue objeto de una intensa campaña calumniosa destinada a desacreditar las personas que allí congregados y, sobre todo y por encima de todo, el contenido político de lo aprobado en la capital bávara. Aunque en un principio la reacción de los funcionarios de la dictadura pareció desproporcionada, al fin y al cabo los citados en la ciudad germana apenas tenían capacidad de movilización en los sectores sociales que representaban, la distancia histórica permite constatar el enorme olfato político del régimen autoritario: Munich tenía un alcance potencial mucho más elevado del que se desprendía de la personalidad o representatividad de los que acudieron a esta decisiva reunión política. Hoy cuando el programa mínimo elaborado en Munich es una realidad amenazada por una conspiración golpista de los últimos vestigios del anterior régimen, presentes y bien presentes en algunos sectores de decisivos aparatos de estado, no está de más recordar las circunstancias, efectos y consecuencias del contubernio de Munich.

1962 es un año crucial en la historia de la dictadura y de la oposición democrática; abierto con el accidente de caza sufrido por el dictador en las postrimerías del año anterior termina con el cuerpo estrellado de Julián Grimau en el callejón de San Ricardo contiguo a la Dirección General de Seguridad, tras pasar por la huelga general de la minería asturiana en la primavera, el contubernio de Munich en el mes de junio y el significativo cambio de Gobierno del 1 de julio. Todo ello sobre el telón de fondo de los primeros síntomas de un crecimiento económico, consecuencia del abandono de la política autárquica y de su sustitución por el Plan de Estabilización y los planes de desarrollo, que rompía el «status quo» político y social que la dictadura había logrado mantener desde el final de la guerra civil.

Establecer un orden de importancia de todos estos hechos políticos que jalonan 1982 es, prácticamente, imposible y,

además, sería baladí: todos juntos conforman una cadena de datos que empezaban a señalar que algo comenzaba a moverse en el tejido de la sociedad española. Pero si hay un factor desencadenante del cambio de Gobierno del verano, con la entrada en él de los defensores de una política liberalizadora de la dictadura como Manuel Fraga, se debe esencialmente al toque de atención que significa para el dictador el contubernio de Munich: era necesario encauzar las inquietudes democráticas o liberales, de sectores sociales crecientes, desde dentro del mismo régimen e impedir que estas energías se desparramasen en la dirección que apuntaba la capital de Baviera.

De la misma forma y manera que los mineros asturianos empujaban a la oposición democrática a reunirse, a concertarse en función de un programa democrático; estos empujaban a su vez a los grupos liberalizadores de la dictadura. Así el orden cronológico de estos

tres hechos guarda una estrecha relación de causa y efecto que variaría todas las perspectivas de la política española y configuraría la salida de la dictadura bajo el definitivo pacto del contubernio de Munich y los liberalizadores del régimen anterior. La plataforma política elaborada en Munich equivale al esbozo inicial de la opción de la ruptura política y los planteamientos de los liberalizadores al primer anticipo de la opción de la reforma política. Y es que la principal consecuencia, como veremos más tarde, del contubernio de Munich es la aparición de una tercera corriente intermedia entre los «ultras» de la dictadura y la clásica oposición democrática; a pesar de que pocos meses después del 10 de julio de 1962 el cuerpo destrozado de Julián Grimau, y su posterior fusilamiento, anunciaba el fracaso de esta línea política y cantaba ya la «trampa saducea asociaciones políticas», la convergencia de los hombres de Munich y los exponentes más genuinos

del Gobierno del 10 de julio determinaba la salida de la dictadura tal y como se ha operado en nuestro país.

Los preparativos y antecedentes

Los padrinos del contubernio de Munich, el Consejo Federal Español del Movimiento Europeo y la Asociación Española de Cooperación Europea, dos organizaciones de signo europeísta que combinaban sus acciones oficiales con las oficiosas de ser tapadera política de los españoles demócratas exiliados y de parte de los opositores demócratas del interior, decidieron convocar una reunión en la capital germana para tratar sobre las relaciones entre Europa y España; bajo los auspicios de las instituciones comunitarias y con la doble vertiente política que caracterizaba todos sus actos: el plano de la unidad europea y la dimensión de la oposición democrática española. Un proyecto anterior acariciado por el líder del Consejo Federal Español del Movimiento Europeo, Salvador de Madariaga, una asamblea de «notables» del interior y el exterior para estudiar abiertamente la elaboración de una alternativa democrática a la dictadura, fue abandonada ante la mayor cobertura y protección que ofrecía el IV Congreso del Movimiento Europeo.

Igualmente la elección de una ciudad extranjera obedecía no sólo al hecho de que una parte de los invitados pertenecían al exilio político, sino a la imposibilidad material de realizar ningún tipo de reunión política en el interior de la península; más aún, el ensayo frustrado de la I Semana europeísta española, organizada por la AECE del 13 al 18 de septiembre de 1961 en Palma de Mallorca, que fuera suspendido y prohibido por el Ministerio de la Gobernación, indicaba con bastante claridad que el encuentro debería de reali-

ASOCIACION ESPAÑOLA DE COOPERACION EUROPEA

MANIFIESTO

Es aspiración común a los más diversos sectores superar pesadamente, en un nuevo orden internacional, viejos nacionalismos de espíritu exclusivista que, exaltados hasta el máximo, desde la pasada centuria, por diversos movimientos filosóficos y políticos, impiden organizar un mundo mejor basado en la recta doctrina del bien común internacional, elaborada ya por nuestro Francisco de Vitoria y recogida maravillosamente por Pio XII cuando afirma que los pueblos en su desarrollo y en sus diferencias, conforme a las condiciones de vida y de cultura, no están destinados a romper la unidad del género humano, sino a enriquecerlo y embellecerlo con la comunicación de sus peculiares dotes y con el recíproco intercambio de bienes.

Entre las tendencias orientadas hacia ese alto ideal ofrece, para nosotros, singular interés la iniciada en la última década por ilustres pensadores y estadísticos, con el anhelo de dar vida a la unidad de Europa, convencidos de encontrar en ella una verdadera y definitiva solución de una crisis profunda, como dijo, hace años, un filósofo español.

Con tan meritoria finalidad se han elaborado multitud de proyectos, convertidos una vez en magníficas realidades, como la Comunidad Europea del Carbón y del Acero decisiva para el desarrollo económico de los pueblos que la integran; en trance de establecimiento, otras, como acontece con el prometededor «Pool Verde»; y alguna vez, fracasados, como el trascendental de la C. E. D., inspirado en la necesidad de unificar fuertemente a Europa en un aspecto vital: el de las armas, mediante la creación de un verdadero Ejército Europeo.

El mismo ideal de renovación espiritual y material ha de informar, para que sea fecunda, la naciente Unión Europea Occidental, cuya cohesión resultaría frágil si consistiera en mera alianza de fuerzas defensivas contra posibles agresiones del imperialismo soviético, sin constituir una verdadera organización política supranacional que permita relajar el estrecho marco del Estado nacionalista, acreado en sí mismo y centralizador de las fuerzas, y, en este sentido, condenado por S. S., como «germen de rivalidades e incentivo de discordias».

Ante el nuevo estado de cosas no podemos permanecer en actitud contemplativa. Aspiramos a ser actores decididos y entusiastas. Nuestra Religión y nuestra Cultura, nuestra Historia, nos adscriben irrevocablemente a esa Europa que los reyes españoles intentaron rehacer sobre bases cristianas, en los días más gloriosos de nuestra Patria.

Queremos que esos núcleos indestructibles de cohesión espiritual que son las naciones europeas se agrupen en permanente y orgánica conjunción de posibilidades y esfuerzos que permita elevar sus condiciones naturales de vida y ponga fin a eternas querrelas de unas y otras ensanadas de su propia decadencia y ruina. Para ello es necesario ampliar previamente el ambiente propio. No otra es la misión que nos proponemos: colaborar con nuestro esfuerzo encendido y entusiasta en la formación de un clima de interés e ilusión por las empresas de esta Europa a la que pertenecemos y contribuir al recobro de su personalidad moral e histórica.

Descansar, en suma, ser solitarios de la suerte de Europa. No dejaríamos de serlo en la desgracia, por grande que fuéramos nuestro aislamiento. Y sólo participaremos de los progresos y ventajas que alcancen en la medida en que acerquemos a incorporar a sus tareas y desvelos.

Tal es, en síntesis, las ideas que nos han movido a fundar esta Asociación Española de Cooperación Europea, que, aprobada por la Autoridad e inscrita en el Registro de Asociaciones correspondiente, requiere la valiosa colaboración de usted para trabajar en su seno por una nueva Europa, cuya unidad se funde en esa común herencia del Cristianismo, que recordaban las conclusiones del Congreso por la Unidad de Europa, celebrado en La Haya el año 1948.

Por una Europa cristiana y solidaria en ruta hacia un mundo mejor!

Madrid, mayo de 1955.

Fernando ALVAREZ DE MIRANDA.—José Carlos ALVAREZ DE TOLEDO GROSS.—Alonso ALVAREZ DE TOLEDO MERRY DEL VAL.—Carlos ALVAREZ DE TOLEDO MORENES.—Manuel AMOROS GOSALVEZ.—José Miguel AZAOLA.—Juan BOSCH MARIN.—Francisco CANTERA BURGOS.—Luis CARO GARCIA.—Francisco Javier CARVALAL FERRER.—Íñigo CAYERO LATAILLADE.—Joaquín CERVERA PEREZ.—Angel CLOT RAINZ DE BARANDA.—Andrés CORDOYA FERNANDEZ.—José Juan DURAN RIVILLO.—Francisco Javier de E. HANOVE GUZMAN.—Ricardo FERNANDEZ MAZA.—Gonzalo FERNANDEZ DE LA MORA.—José FERRANDIS VILLELA.—Ramón GARAY DESPUJOLS.—Joaquín GARCIA GALLO.—Luis GARCIA DE LA RASILLA.—José GIL DE BIEDMA VEGA DE SEOANE.—Juan Jesús GONZALEZ.—Juan Carlos GUERRA ZUNZUNEGUI.—Luis JUANES DIAZ-SANTOS.—Lorenzo M. JUAREZ.—Alejo LREAL GARCIA.—Antonio de LUNA GARCIA.—José Ignacio MARQUEZ CANO.—Ignacio MARQUEZ PATISO.—Isidoro MARTIN.—Rafael MARTINEZ ALMEIDA LEON Y CASTILLO.—José MORAGAS LOPEZ MATEOS.—Joaquín MUÑOZ PEIRATS.—Julian PASQUAL DODERO.—Jaime PEREZ MAURA.—Ramiro PEREZ MAURA.—Gonzalo PUENTE OJEA.—José Joaquín PUIG DE LA BELLA CASA URDAMPILLETA.—José Ramón RECALDE.—Ramón REVUELTA BENITO.—Joaquín RUIZ CUETO.—José Luis RUIZ NAVARRO.—Gregorio SANTIAGO CASTIELLA.—Francisco SINTES OBRADOR.—Juan Luis NIMON TOBALINA.—José SOLÍS GARCIA.—Carlos SUNYER ALDOMA.—José María SUNYER ALDOMA.—José Luis URRUELA SANLEHY.—Samuel ZURRIAGA.

Proclama de la Asociación Española de la Cooperación Europea, fechada en mayo de 1955 y firmada por destacadas personalidades de la oposición democrática al Régimen.

zarse allí donde las autoridades represivas de la dictadura no pudieran llegar. Entre los invitados de la AECE, que dirigía José María Gil Robles, estaban casi la totalidad de los principales líderes o exponentes de la oposición democrática que se movía en el interior de nuestro país.

Ya la discusión y redacción de un documento por una parte de los que iban a acudir desde el interior, debate que se realizó en el seno de la AECE, prefiguraba la dimensión y el alcance de lo que iba a plantearse en Munich; bajo la presión política que suponía la

huelga de la minería asturiana, secundada posteriormente por el País Vasco y Cataluña, la ponencia denunciaba abiertamente la concentración del poder político en el dictador, la necesidad de elecciones, el reconocimiento de la libertad sindical y de los partidos políticos y su deseo de que el cambio democrático se realizase lo más rápida y ordenadamente posible. Conclusiones que se desprendían de la necesidad de adecuar las estructuras políticas españolas a las europeas dado que la dictadura había solicitado oficialmente en el mes de febrero la adhesión de

Los participantes

118 españoles, procedentes del interior o residentes en el exilio, recibieron una invitación personal de los señores Faure y Van Schendel para acudir a Munich los días 5, 6, 7 y 8 de junio de 1962: 80 residiendo legalmente en España y 38 en la España del destierro. Entre ellos había que destacar a Salvador de Madariaga, presidente del Consejo Federal Español del Movimiento Europeo, José María Gil Robles, Fernando Alvarez de Miranda, Iñigo Cavero, Jaime Miralles, Joaquín Satrústegui, Joaquín Cembrero, Vicent Ventura, Ignacio Fernández de Castro, Rodolfo Llopis, Dionisio Ridruejo, Félix Pons, Jesús Prados Arrarte, Enrique Ruiz García, Manuel de Irujo, Mariano Rojo, Javier Flores, etc.

Cuatro participantes del interior —José María Gil Robles, Jaime Miralles, Vicente Piniés y Joaquín Satrústegui— informaron previamente a las autoridades de la dictadura de su viaje, mediante cartas y escritos notariales, con el objeto de aclarar la intencionalidad política que les conducía a la reunión de Munich y prevenir posibles campañas de prensa contra sus personas. El Gobierno no se dio por enterado oficialmente, pero sí se dio prisa en despachar al marqués de Valdeiglesias a Bonn con la misión de impedir que la moción de los españoles pudiese ser aceptada por la Mesa de la Asamblea General del Movimiento Europeo. La gestión, invocando los tratados comerciales entre España y Alemania, resultó un completo fracaso porque la intervención de un ministro alemán con las autoridades de Baviera, más las reiteradas llamadas del embajador español en Bélgica, resultaron inútiles.

De esta manera el camino quedaba abierto para este pri-



Dionisio Ridruejo (1912-1975).

mer encuentro político de casi toda la representación de los partidos políticos democráticos con la importante excepción del Partido Comunista de España; exclusión que respondía tanto a las posiciones no europeístas de entonces del comunismo español, en la actualidad el PCE forma parte del Consejo Federal Español del Movimiento Europeo y es partidario de la integración de España en la Comunidad Económica Europea, como a la visión anticomunista primitiva de parte de los reunidos que hacían «casus belli» ante cualquier presunta participación de los comunistas. Había que remontarse al final de la II Guerra Mundial para encontrar un antecedente de esta reunión unitaria de la mayor parte de las corrientes democráticas españolas.

Dos comisiones

Precisamente por ello los primeros momentos del encuentro no fueron especialmente fáciles; demasiados recelos y antagonismos políticos y personales, alimentados por un largo recorrido de espaldas unos de otros, impidieron desde un primer instante la discusión y la redacción común de un proyecto de declaración. Los intentos de los anfitriones, Maurice Faure y Robert van

Schendell, por lograr en la misma apertura de la reunión un clima unitario fueron baldíos: Gil Robles se negó con toda energía sobre la base de que eran los españoles del interior quienes deberían de trazar el pensamiento político de una evolución pacífica en España y les tocaba a los exiliados sumarse o no a estas bases. La amenaza de ruptura, que revoloteó en el inicio de este cuarto Congreso del Movimiento Europeo, fue desplazada por la mediación del señor Van Schendel; quien propuso la creación de dos comisiones de trabajo en el seno de este abigarrado grupo de europeístas y demócratas españoles.

Así la comisión «A», presidida por José María Gil Robles, agrupó a la mayoría de quienes habían viajado desde España y la comisión «B», presidida por Salvador de Madariaga, a quienes residían fuera de la península; y los documentos de trabajo eran, lógicamente, las ponencias redactadas por la Asociación Española de Cooperación Europea en la comisión A y por el Consejo Federal Español del Movimiento Europeo en la comisión B. Bifurcación interior-exterior que fue rota por los delegados de Izquierda Democrata Cristiana, el Partido Social de Acción Democrática y el nacionalismo vasco, que dividieron sus hombres en los dos grupos de trabajo. Los resultados finales de estos dos debates paralelos fueron coincidentes salvo en un importante punto: la comisión A se pronunciaba por las elecciones libres y la comisión B acompañaba esta misma reivindicación con la exigencia de un referéndum sobre la forma monárquica o republicana del futuro estado democrático.

La síntesis llegó tras la redacción de un párrafo ambiguo y susceptible de todo tipo de interpretaciones, elaborado por una tercera comisión compuesta por cinco representantes de la fórmula «A» y otros

cinco de la fórmula «B»: «el establecimiento de instituciones auténticamente representativas y democráticas que garanticen que el Gobierno se basa en el consentimiento de los ciudadanos». Es decir, los recelos iniciales manifestados la noche del 4 de junio habían disminuido bastante el 5 y el 6; de tal forma que la sesión plenaria del día 7 contaba ya con un proyecto de resolución unitario de toda la delegación española, una vez solventada la diferencia institucional en torno a las formas estatales.

La resolución

Los dos discursos de José María Gil Robles y Salvador Madariaga en la sesión plenaria evidenciaban el camino recorrido por ambas comisiones: eran dos textos fácilmente intercambiables en cada uno de sus enunciados, afirmaciones y negaciones. Uno y otro realizaron al alimón un canto a la libertad, una denuncia del régimen autoritario y un violento rechazo del comunismo; «aquí estamos todos menos los totalitarios de ambos lados» (Salvador de Madariaga), «la experiencia de la historia demuestra de modo inconfesable que el comunismo no ha logrado imponerse jamás cuando se ve obligado a actuar dentro de las normas democráticas» (José María Gil Robles). La conciliación entre la comisión A y la comisión B, después de cuarenta y ocho horas de discusiones, era tal que uno de ellos llegó a declarar que la guerra civil del 18 de julio de 1936 acababa de terminar el 6 de junio de 1962. Y tras este preámbulo discursivo se dio lectura a la resolución:

El Congreso del Movimiento Europeo, reunido en Munich los días 7 y 8 de junio de 1962, estima que la integración, ya en forma de adhesión, ya de asociación de todos los países a Europa, exige de cada uno de ellos instituciones democráticas, lo que significa en el caso

de España, de acuerdo con la Convención Europea de los Derechos del Hombre y la Carta Social Europea, lo siguiente:

1. La instauración de instituciones auténticamente representativas y democráticas que garanticen que el Gobierno se basa en el consentimiento de los gobernados.

2. La efectiva garantía de todos los derechos de la persona humana, en especial los de libertad personal y de expresión, con supresión de la censura gubernativa.

3. El reconocimiento de la personalidad de las distintas comunidades naturales.

4. El ejercicio de las libertades sindicales sobre bases democráticas y de la defensa por

los trabajadores de sus derechos fundamentales, entre otros medios por la huelga.

5. La posibilidad de organización de corrientes de opinión y de partidos políticos con el reconocimiento de los derechos de la oposición.

El Congreso tiene la fundada esperanza de que la evolución con arreglo a las anteriores bases permitirá la incorporación de España a Europa, de la que es un elemento esencial, y toma nota de que todos los delegados españoles presentes en el Congreso expresen su firme convencimiento de que la inmensa mayoría de los españoles desean que la evolución se lleve a cabo con las normas de la prudencia política, con el ritmo más rápido que las cir-

MOUVEMENT EUROPÉEN

ASSOCIATION INTERNATIONALE

PRÉSIDENTS D'HONNEUR :

Léon Blum (1948-1950), Alcide de Gasperi (1948-1954).

Konrad Adenauer, Sir Winston Churchill, Comte Coudenhove-Kalergi, Robert Schuman, Paul-Henri Spaak

SECRETARIAT INTERNATIONAL

57 b, av. d'Auderghem BRUXELLES 4

TÉLÉGRAMMES : UNIEUROPA

TÉLÉPHONE : 35.01.94.

Bruxelles, le 18 mai 1962.

Cher Monsieur,

Le Congrès du Mouvement Européen qui se réunit à MUNICH les 7 et 8 juin prochain et auquel vous avez été invité, est appelé à définir l'attitude des adhérents européens à l'égard de la construction de l'Europe.

Ce Congrès pourrait être une occasion pour tous les participants espagnols de confronter leurs vues sur le problème de l'intégration éventuelle de l'Espagne à l'Europe, et d'en dégager quelques lignes générales.

Vous êtes donc invité à participer à un colloque sur ces problèmes, qui se réunira à MUNICH les mardi 5 et mercredi 6 juin, immédiatement avant le Congrès du Mouvement Européen. Le lieu exact de la réunion vous sera communiqué incessamment, ainsi que le nom de l'hôtel où une chambre vous sera réservée en cas de réponse affirmative de votre part.

Le Colloque commencera le mardi 5 juin à 10 heures du matin. Il vous est, par conséquent, recommandé d'arriver à MUNICH dans la soirée du lundi 4 juin.

Un secrétariat du Colloque qui sera ouvert à partir du 4 juin dans la matinée vous y accueillera.

Dans l'attente de vous lire et en espérant votre réponse affirmative, je vous prie de croire, cher Monsieur, à l'assurance de nos sentiments distingués.

Robert van Schendel
Secrétaire Général.

En annexe : programme du Colloque.

Circular invitando a destacadas personalidades europeas, entre ellas miembros de la oposición, dentro y fuera de España, al Régimen de Franco, a un coloquio sobre «el problema de la integración eventual de España a Europa», fechado el 18 de mayo de 1962.



El Gobierno español con Franco a la cabeza y el entonces segundo personaje del Régimen, el capitán general Muñoz Grandes.

cunstancias permitan, con sinceridad por parte de todos y con el compromiso de renunciar a toda violencia activa o pasiva antes, durante y después del proceso evolutivo.

Esta declaración fue saludada por el presidente del Congreso, Maurice Faure, como un exponente de las tres grandes bases ideológicas sobre las que había nacido la unidad europea: la democracia cristiana, el socialismo anticomunista y los liberales.

La represión

La reacción de la dictadura fue fulminante. El mismo 8 de junio el general Franco, mediante decreto ley, adoptaba las siguientes medidas:

«artículo 1. Se suspende en todo el territorio nacional y por el plazo de dos años el artículo 14 del Fuero de los Españoles.

artículo 2. Se encomienda al ministro de la Gobernación la adopción de las medidas que, en cada caso, se juzguen necesarias en aplicación del artículo anterior.»

La suspensión del artículo 14 del Fuero de los Españoles, «los españoles tienen derecho a fijar libremente su residencia dentro del territorio nacional», empezó a aplicarse inmediatamente a los demócratas que regresaban de Munich, ofreciéndoseles el destierro o el exilio. José María Gil Robles y Jesús Prados Arrarte eligieron la sa-

lida hacia París; Jaime Miralles, Jesús Barros de Lis, Félix Pons, Fernando Álvarez de Miranda, Joaquín Satrustegui, Iñigo Cavero, José Luis Navarro, al negarse a exiliarse, fueron confinados en las islas de Fuerteventura y Hierro; otros como Dionisio Ridruejo ni se molestaron en llegar a Barajas, Vincent Ventura y Enrique Ruiz García optaron también por París y alguno como Ignacio Fernández de Castro encontró refugio inicial en la embajada del Uruguay. Sin embargo, un tercer grupo de asistentes, como Vicente Piniés, Alfonso Prieto y Juan Luis Simón de Tobalina, tras ser interrogados fueron puestos en libertad.

Los medios oficiales de la dictadura sabían de antemano que los 80 participantes del interior habían salido de España con sus correspondientes pasaportes y visados de la Dirección General de Seguridad en toda regla y, además, conocían por los escritos de algunos de los interesados el objeto y el contenido político de la reunión a la que acudían. No obstante, el tono adoptado en Munich por los sectores más moderados de la oposición democrática iba mucho más allá de lo que habían pensado los portavoces del dictador: la tolerancia que el régimen mantenía en relación con ellos no los integraba en las combinaciones de los grupos liberalizadores de la dictadura, sino que los

aproximaba a la oposición de izquierdas. Y esta constatación era sorprendente y esta sorpresa se reflejaba en la represión y en la dura campaña propagandística levantada contra lo que denominaron como el contubernio de Munich.

La calumnia

El régimen necesitaba aislar a estos políticos de las bases sociales que podían sentirse representadas en el programa de Munich; para ello se orquestó una global campaña de insultos y calumnias que tendía a desacreditar personalmente a los integrantes en este coloquio europeo y a desvirtuar el contenido de lo aprobado en la capital bávara. De ahí el montaje periodístico en torno a un inexistente pacto entre Gil Robles y Rodolfo Llopis como botón de muestra de la «traición» del político democristiano: «qué turbias promiscuidades se están ahora mixturando por ahí, y a quién representan esos ingredientes físicos, personales, humanos, que aparecen en los periódicos extranjeros... ¿qué tienen que ver esos vejetes y mocetes con la España de ahora...? Se arrojan con fatuidad unos mambres, unos rotulillos de partidos políticos» («ABC», 1 junio 1962).

Eje de esta respuesta propagandística de la dictadura fue la combinación del nacionalismo con el ansia de paz del pueblo español; una buena



Una manifestación, típica de aquellos años, de adhesión al Régimen franquista.

prueba de esta argumentación es el artículo de Emilio Romero, director del diario «Pueblo» en el número correspondiente al 18 de junio del mismo año, «una y otra vez olvidan los que aspiran a demoler el sistema político presente la razón última del pueblo español, como es la resistencia a no perder la paz. Es inútil hablar de reconciliaciones, de cambios evolutivos, de mudanzas pacíficas. Nadie cree en otra cosa que la paz actual... en cuanto pasa algo que cae fuera del plano de lo normal, la gente anda de un lado a otro con la mosca detrás de la oreja». Un repaso de cualquier hemeroteca presentaría un impresionante balance reiterativo de las consignas calumniadoras contra la oposición democrática y sus más destacados líderes.

Simultáneamente, el aparato burocrático del Movimiento Nacional preparó un extenso número propagandístico a base de movilizaciones de masas, declaraciones de alcaldías, instituciones oficiales, etc.; como informaba el diario «Arriba», en su número del 14 de junio de 1962, «desde que se conocieron las viles maniobras de Munich se vienen recibiendo cartas, telegramas de corporaciones, entidades, representaciones, testimoniando enérgica protesta y profunda indignación por repugnante contubernio entre españoles fracasados, traidores a la patria y sus tradi-

cionales enemigos masónicos-comunistas, exigiendo se les aplique con todo rigor la ley que castiga los delitos de esa patria».

Colofón de toda esta publicidad política fue el viaje y el discurso del dictador en Valencia el 16 de junio de 1962; «desde cualquier punto de vista que se mire, la manifestación de Valencia fue impresionante; no es extraño porque fue organizada de modo impresionante. Camiones conducidos por la policía transportaron desde el campo hasta Valencia 50.000 campesinos para engrosar las masas ciudadanas» («News Week», 2 julio 1962). Allí, en la plaza principal de la capital levantina, teniendo al lado al arzobispo Marcelino Olaechea y ante una multitud que gritaba «los de Munich a la horca», el general Franco sentenció el conflicto: «nuestra revolución ha puesto en evidencia la infiltración comunista en Europa, que con su acción solapada ha venido influyendo sobre la mayoría de los órganos de opinión, siendo raro el que no se encuentra parasitado por el oro soviético... Si con firmeza nos mantenemos, poco pueden importarnos los ladridos exteriores del comunismo o de sus asociados; lo importante es lo que pasa dentro, y pese a las pequeñas nubes que se interpongan en nuestra marcha el sol ha salido para nosotros».

Los calumniados intentaron por todos los medios responder a esta oleada de insultos, pero su respuesta fue ahogada, ni una sola de las cartas, informes, documentos que los acusados redactaron pudo imprimirse legalmente y sólo en el reducido sector de españoles relacionados con la oposición democrática circularon fotocopias o impresos ciclostilados con los escritos de José María Gil Robles, las cartas de las cuatro señoras de los confinados en Fuerteventura o las protestas de los desterrados por las condiciones de su destierro —hasta noviembre tuvieron que pagarse su alojamiento— y por la sarta de insultos con los que fueron rociados por las plumas autoritarias al servicio de la dictadura.

Encuentro Franco-Pierre de Wigny

La evolución de los acontecimientos, la gravedad de la represión física y psicológica de los asistentes a la reunión de Munich, rápidamente levantó la preocupación de los dirigentes del Movimiento Europeo; tras una inicial condena de las medidas represivas y una declaración de solidaridad con los afectados, «el movimiento federalista europeo expresa a los delegados españoles reunidos en Munich toda su simpatía por su actitud valiente, democrática y realista. Y

MARCEL NIEDERGANG HA ASISTIDO A LA REUNION ULTRASECRETA DE MUNICH

FRANCE-SOIR" DESCUBRE LA INDIGNA MANIOBRA CONTRA ESPAÑA EL CONTUBERNO DE LA TRACION

Paris 6. (Servicio especial de la Agencia Efe.) En crónica telefónica, fechada de Munich, "France Soir" publica una información de Marcel Niedergang en la que queda al descubierto lo que puede llamarse el contubernio de la traición a España por estar concurridos miembros de diversas tendencias aliadas a comunistas y socialistas, figurando entre ellos Jimena Fernández, el jefe del partido socialista, Llopis, y Gil Robles.

El cronista informa que esta reunión secreta ha tenido lugar en Munich durante los días 5 y 6 de junio, en vísperas del Congreso del Movimiento Europeo.

Durante cuarenta y ocho horas, en los salones de la capital bávara han cambiado impresiones. Han pasado revista a sus utopías y a sus esperanzas y se han ramificado, también, algunas ideas. Todos ellos llegaron al acuerdo de condenar formalmente al régimen y desear su sustitución en el plazo más breve posible. Asimismo, Niedergang en su crónica, la revolución final, adoptada por unanimidad, es, en efecto, una auténtica declaración de guerra, ya que en ella se exige la organización de los partidos políticos y la autonomía separatista de las regiones. Se dice en la crónica que los delegados reunieron un visado de salida bajo los más diversos pretextos. Siete tendencias principales estaban representadas en la reunión de los casos por sus propios dirigentes, los monárquicos liberales partidarios de la vuelta a España de la Monarquía en la persona de don Juan de Borbón; los demócratas-cristianos de la derecha, al frente de cuya delegación figura el ex ministro Sr. Gil Robles; los demócratas cristianos de la izquierda, cuyo líder es, según el cronista, el ex ministro Jimena Fernández; la Acción Católica Obrera (H. O. A. C.), que, según Niedergang, ha sido la organización principal del reciente movimiento huelguístico que ha paralizado a varias provincias españolas durante más de un mes; el Frente de Liberación Popular; los movimientos catalanes, en los cuales están comprendidos los separatistas, han aprobado los principios de esta reunión, así como los votos.

La España de la emigración había mandado a Munich unos 20 representantes encabezados por el Sr. Llopis, jefe del partido socialista español, refugiado en Francia.

Todos los delegados salieron con entusiasmo al primer apretón de manos entre Llopis, el socialista, y Gil Robles, el monárquico. No se habían visto desde 1945. El cronista lo describe así:

Llopis, pequeño, frágil, con pelo gris, vestía de aquel papa intranquente que fue Prieto. Niedergang estima que la eran debilidad del plan de los conjurados de Munich con la victoria. Cada uno de acuerdo con sus decaer, pero aspiran a que otros se encarguen de la operación. ¿Quién? Inicialmente, separadamente, los delegados tienen la misma obsesión: los militares. El régimen de Franco posee dos pilares, la Iglesia y el Ejército. Si el Ejército comprende que la mayoría de los españoles desean un cambio de régimen se pondrá de nuestro lado. Por ahora, los españoles prefieren con los europeos. Aunque su resolución no ha sido firmada, según adop-

tada por el Congreso del Movimiento Europeo, que se reúne en Munich el jueves y viernes, cuando el cronista —Efe.

Un nuevo «Pacto de Munich»

Munich 6. (Del correspondiente de la agencia Efe.) Los salones del Gran Hotel de la capital de Baviera fueron testigos hace unos días de una escena pavorosa, aunque ciertamente no nueva en los annales de la más extensa política española. Dos hombres, ayer enemigos irreconciliables, se estrechaban cálidamente la mano y, olvidada totalmente las consecuencias que gestos así largos traspasos para su pueblo, quisieron así subrayar una aparente reconciliación que, cual nuevo «Pacto de Munich», fuese firme promesa de mil venturas para los españoles. Estos hombres se llamaron, como ya se sabe, Llopis, antiguo jefe de la C. E. D. A., y Rodolfo Llopis, actual secretario general del Partido Socialista Obrero Español en el exilio. Ambos fueron importantes protagonistas de los eventos que conculcaron a España a la guerra civil. Separados por las trincheras de aquella lucha por ellos provocada, tuvieron ahora la osadía de proceder a un ritual reconciliación en público y ofrecido a los españoles como alternativa de un futuro más o menos democrático, en el que, naturalmente, serían ellos quienes dirigirían el cotarro. Como si los españoles no fuésemos nosotros...

La conmovedora escena fue contemplada, casi con lágrimas en los ojos—según afirma una crónica de France Soir que acaba de llegar a nuestras manos—por algo más de un centenar de flamantes «delegados» de grupos y subgrupos en el exilio o clandestinos. En su caso, marido, que no dejó de recordar al lector, había nombres como los de Pradol, Arrazte, Alvarez de Miranda, Fernández de Castro, Alfonso Prieto, Sarrategui y Redrufo, de una parte, y de otra, Fernando Varela, ministro del llamado Gobierno republicano español; Irujó y Landiara, por los separatistas vascos; el inefable Salvador de Madariaga, Martínez Pereda, Javier Flores, etc.

Para esta reunión se había buscado solapadamente el amparo del Congreso Internacional del Movimiento Europeo, que se ha celebrado estos días en Munich. El mo-

DECRETO-LEY POR EL QUE SE SUSPENDE EL ARTICULO 14 DEL FUERO DE LOS ESPAÑOLES

Las causas que desde el exterior vienen realizándose para dañar el crédito y el prestigio de España han encontrado eco y complicidad en algunas personas que, abusando de las libertades que el Fuero de los Españoles les reconoce, se han sumado a tan indignas maniobras.

El propio Fuero de los Españoles ofrece los recursos, que la ocasión exige. En su virtud, visto el artículo 35 de dicho texto legal, a propuesta del Consejo de ministros en su reunión del día de hoy,

DISPONGO:

Artículo 1.º Se suspende, en todo el territorio nacional y por el plazo de dos años, el artículo 14 del Fuero de los Españoles.

Artículo 2.º Se encomienda al ministro de la Gobernación la adopción de las medidas que, en cada caso, se juzgan necesarias en aplicación del artículo anterior, de las que dará cuenta al Consejo de Ministros.

Artículo 3.º Del presente decreto-ley se dará inmediata cuenta a los Cortes.

Dado en El Pardo, a 6 de junio de 1962.

FRANCISCO FRANCO

Los artículos 14 y 35 del Fuero de los Españoles a que se refiere el decreto-ley dicen lo siguiente:

Artículo 14. Los españoles tienen derecho de libre circulación en cualquier parte del territorio nacional.

Artículo 35. La vigencia de los artículos doce, trece, catorce, quince, dieciséis y diecisiete podrá ser temporalmente suspendida por el Gobierno local o provincial mediante decreto-ley que taxativamente determine el alcance y duración de la medida.

El movimiento Europeo es una de las numerosas asociaciones privadas que han hecho suyas la idea de lograr la unidad continental. Gra a de cierto prestigio por reunir en su seno personas muy conocidas del mundo político internacional. Nombres como los de León Blum, De Gasperi, Churchill, Alerauy, Robert Schuman y Spaak se han sucedido en su presidencia, lo cual...

Este correspondiente tiene noticias fidedignas de que por la misma fecha abril último los dirigentes políticos del exilio español acudían separadamente y con ánimo de una maniobra para transformarse el Congreso Internacional del Movimiento Europeo en una plataforma de ataques a España.

La maniobra había de tener dos aspectos: el primero sería la injuria y el segundo una aparatosa reconciliación entre las fuerzas en el exilio y los españoles residentes en

respuesta del general Franco fue hábil: reiteró su petición de entrada en el Mercado Común, se definió como euro-peísta, no atacó el contenido programático del documento elaborado en Munich, centrandose casi toda su argumentación en dos quejas consistentes en la elección discriminatoria de los elegados españoles a las reuniones europeas y en la utilización de estas actividades euro-peístas como cobertura de maniobras políticas internas. El doble monólogo finalizó con la reiterada petición de los europeos de poner en libertad a los desterrados y exiliados por este asunto y con la más firme inflexibilidad del general Franco a proceder a conceder lo que se le pedía: «sobre este punto el jefe de Estado permanece inflexible. No quiere revisar su decisión y pone rápidamente fin a la audiencia» (informe del Consejo Federal del Movimiento Europeo). La prensa española nada publicó sobre esta entrevista y los medios de la oposición democrática la conocieron por el diario «Le Monde» que la publicaba en su número correspondiente al 7 de julio de 1962.

Las adhesiones y las deserciones

Inevitablemente lo sucedido provocó una amplia agitación en los círculos políticos periféricos de quienes habían acudido a Munich; agitación que se concretó a través de adhesiones, más o menos condicionadas, y en deserciones, más o menos matizadas. Y en esa doble dirección sobresalen, entre otras, la adhesión del Partido Comunista de España al programa elaborado en la ciudad germana y la separación entre el conde de Barcelona y José María Gil Robles por las declaraciones condenatorias del primero sobre la reunión de Munich.

No había pasado una semana de la declaración o resolución política de casi todas las

El «contubernio» de Munich, en la prensa de la época.

asegura a los que han sido privados de su libertad y a los exiliados su activa solidaridad» («Combat», 9 junio 1962), decidió enviar una delegación a Madrid para entrevistarse con el dictador y aclarar el significado de la reunión celebrada en la capital bávara.

El comité ejecutivo internacional designó como miembros a Pierre de Wigny, ex ministro de Asuntos Exteriores de Bélgica; Etienne Hirsch, ex presidente de la Comisión del Euratom; John Hynd, ex ministro británico y Robert Van Schendel, secretario del movimiento europeo. La presencia de este último, convertido en «bestia negra» de la propaganda franquista, creó un pequeño conflicto que estuvo a punto de impedir la entrevista, pero al final se encontró una solución de compromiso que permitía el

viaje de este político a Madrid sin permitirle su participación en el encuentro con el dictador. La reunión, finalmente, se celebró el 5 de julio entre los tres primeros políticos europeos mencionados y el general Franco acompañado de su ministro de Asuntos Exteriores, Fernando María Castiella, durante una hora y diez minutos.

La conversación, como era de esperar, fue todo un diálogo de sordos: el señor de Wigny comenzó entregando una nota de aclaración y protesta por lo sucedido, sobre la que realizó un comentario verbal exponiendo las consecuencias nefastas que tendría para la petición española de adhesión a Europa, y acabó pidiendo el levantamiento de las sanciones contra los españoles que habían acudido a dicha cita. La

fuerzas democráticas, cuando el comité ejecutivo del Partido Comunista saludaba, a través de Mundo Obrero» —junio de 1962—, «los acuerdos de Munich pueden ser considerados como un precedente afortunado de cómo resolver momentáneamente ciertos problemas que dividen a las fuerzas de oposición... frente a la dictadura franquista el Partido Comunista afirma su coincidencia con estas cinco condiciones que podrían constituir la base fundamental para un acuerdo político entre las fuerzas de la oposición, de derecha y de izquierda». Toma de postura favorable que simultaneaba con la reiteración de la oposición de la entrada de España al Mercado Común, por aquel entonces el PCE mantenía la versión de la unidad europea como una unidad de los monopolios europeos, y la condena del anticomunismo que impedía la participación de los comunistas en un pacto político antifranquista global como había impedido su presencia en Munich. Declaración que fue instrumentalizada por los corifeos de la propaganda franquista contra el pacto de Munich (ver editorial de «ABC»

del 20 de junio de 1962

. «El Partido Comunista se adhiere a los acuerdos de Munich.»)

Mayor incidencia tuvo, por la utilización que hicieron de ella los propagandistas de la dictadura, la nota del Boletín del Consejo Privado de SAR el conde de Barcelona, junio 1962: «el conde de Barcelona nada sabía de las reuniones de Munich hasta que después de ocurridas, escuchó en alta mar las primeras noticias a través de la radio. Nadie, naturalmente, ha llevado a tales reuniones ninguna representación de su persona ni de sus ideas. Si alguno de los asistentes formaba parte de su Consejo, ha quedado con este acto fuera de él». La redacción de este comunicado, atribuido generalmente a José María Pemán y

Alfonso García Valdecasas, encerraba una condena implícita del único miembro del Consejo Privado que asistió a Munich, José María Gil Robles.

Al margen de esta adhesión y deserción hubo otras posturas favorables como la declaración del gobierno de la República en el exilio, la del Gobierno Vasco y su presidente José María de Leizaola y la del Movimiento Socialista de Cataluña; o contrarias como la de la Generalitat en el exilio, la del Frente de Liberación Popular desmintiendo su participación y desautorizando a quienes se hubieran arrogado su representación y la de la Hermandad Obrera de Acción Católica negando haber acudido al contubernio de Munich. Hubo incluso algún caso de renuncia particular, sin mayor trascendencia política, que bordeaba más la comedia que la tragedia; que no obstaculizaba la conclusión general de que los acuerdos de Munich se abrían por la izquierda —con la incorporación de los comunistas— y se semicerraba por la derecha con la posición del conde de Barcelona.

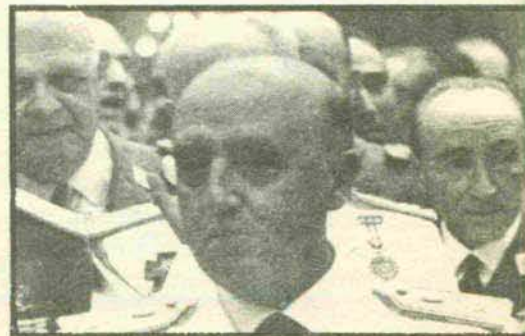
El gobierno del 10 de julio

Pasada la euforia represiva el dictador procedió a dar una respuesta política al desafío que le había sido lanzado desde Munich y esa respuesta fue la composición del nuevo Gobierno del 10 de julio: la incorporación de los sectores liberalizadores y el desarrollo de las posiciones de los tecnócratas al mismo tiempo que la designación, por vez primera, de un vicepresidente del gobierno en la persona del capitán general Agustín Muñoz Grandes. Con ello intentaba tanto reducir la base social creciente de la oposición democrática, al aumentar las expectativas de evolución democratizadora desde dentro con la inclusión de lo que el diario «Le Monde» de-

nominaba el II de julio como el «niño prodigio del régimen» (Manuel Fraga), como tranquilizar las inquietudes de los «ultras» tras su reciente accidente de caza y el hostigamiento político realizado desde Munich.

A partir de entonces, y como consecuencia directa del contubernio, se abrió la fase de la política de liberalización; política concebida tanto para dar una imagen liberal de cara a Europa como para cortar las alas a la oposición democrática: sin dejar de mantener un equilibrio entre las diversas tendencias de la dictadura, juego en el cual Franco se reveló como un maestro, concedía la hegemonía a quienes aspiraban a cambiar desde dentro del mismo orden franquista. Es la hora de la Ley Orgánica del Estado, y de la Ley de Prensa; a la vez es la hora de la política de la sucesión controlada y de la designación de un sucesor al que se pretendía atar las manos de cara al futuro.

Fase liberalizadora que termina en el verano de 1969 con la defenestración de uno de sus principales impulsores, Manuel Fraga, y con la congelación de las proyectadas asociaciones políticas que son «vistas como trampa para saduceos» por Torcuato Fernández Miranda. La imposibilidad de evolucionar desde dentro del régimen en vida del dictador, más la pugna feroz que mantienen los distintos hombres de la liberalización (escándalo Matesa), acaba con el experimento político liberalizador desarrollado en la dictadura como conse-



El dictador.



Manuel Fraga Iribarne jurando su cargo de ministro de Información y Turismo del Régimen.

cuencia de la reunión de Munich. Quizá una de las principales consecuencias de este decisivo acto político fue el de ser catalizador o catapulta para el acceso al poder de la corriente liberalizadora; no tanto por los resultados logrados, su fracaso no pudo ser mayor, sino por el cuarteamiento que significaba para la dictadura. El dictador los encaramó al poder para debilitar o reducir el impacto de los hombres de Munich; pero al hacerlo, como no podía dar cauce ni a sus más mínimos planteamientos, acabó por debilitar y reducir la base social de la dictadura. La posterior evolución de parte del personal político de la dictadura, que tan importante papel jugara en la salida del régimen autoritario, arranca de la necesidad de intentar aislar a la operación de Munich. Evidentemente este cambio es producto del crecimiento socioeconómico, pero su detonante político —el hecho que los aupó al poder— fue el contubernio de Munich.

Un balance positivo

Pero esta reunión tuvo otros muchos efectos buscados por sus propios protagonistas de indudable importancia en la lucha contra la dictadura: desde consecuencias orgánicas a las programáticas, pasando por las políticas, Munich fue un semi-

llero de múltiples datos políticos. Si esta cita tuvo un especial relieve para el desarrollo de la tendencia liberalizadora en el seno del régimen, como hemos visto con anterioridad, mayor lo tuvo para el desarrollo de todo el conjunto de la oposición.

Desde entonces, toda la oposición democrática comienza a marchar a través de un difícil proceso unitario que culmina con la constitución de la platajunta en 1976, tras la disolución de la Junta Democrática y la Plataforma de Convergencia Democrática, y el acuerdo de la comisión de los 9 con el gobierno de Adolfo Suárez en las postrimerías de 1976. Munich, a pesar de que no estaba toda la oposición, es el primer paso hacia la unidad de todas las fuerzas democráticas. La misma bifurcación de sus comisiones de trabajo era ya todo un modelo de cómo ir resolviendo los problemas políticos e ideológicos que dividían a una oposición que coincidía en la necesidad de una superación de la dictadura por medio de un gran acuerdo nacional.

En esa misma dirección Munich redacta el primer anticipo de un programa democrático unitario: los cinco puntos del contubernio son la base sobre la cual después se han desarrollado todas las elaboraciones de los sucesivos acuerdos, mesas, taulas, Conseils democráticos que ha habido en España

en los quince años que separan a la resolución de Munich de su traducción práctica sobre la realidad sociopolítica española. Y en ese esfuerzo programático mínimo es toda una primicia la renuncia de una parte de la oposición a hacer de la cuestión de la forma de Estado una condición «sine qua non»; quince años más tarde hasta el mismo Partido Comunista seguía los pasos de quienes por lograr un acuerdo democrático unitario habían cedido en el problema institucional planteado por la comisión «B».

Políticamente los reunidos en Munich, que representaban a los dos bandos que habían luchado en la guerra civil, dan, asimismo, el primer paso en la reconciliación de los españoles, independientemente de la zona en la que habían luchado durante la tragedia civil que asolara la sociedad española hace más de cuarenta años. El clima de la guerra civil, sobre el que estaba asentado la dictadura desde que finalizara la contienda fratricida, recibía un duro golpe; la reconciliación nacional empezaba a ser un hecho práctico en 1962 por más que se hubiera formulado teóricamente seis años antes. El nuevo ambiente reconciliador se desarrolla a partir de Munich para desembocar en el posterior olvido de todas las responsabilidades políticas o civiles contraídas en el ejercicio del régimen dictatorial. En Munich se entierra oficialmente cualquier espíritu de revancha en aras de conseguir una salida democrática al más mínimo precio político, social y humano.

A la vez, políticamente, la reunión confirmó la recuperación de la iniciativa política desde el interior de España; hasta aquel momento la oposición democrática cargaba con el lastre del clisé de Toulouse o de Praga, dado que los estados mayores residían en el exterior. Munich es la aparición de una nueva clase política, surgida desde el interior de la



península, que no tardaría en ocupar importantes puestos de responsabilidad a todos los niveles, primero en la oposición y luego en el gobierno o en los partidos políticos. La mera enumeración de los participantes permite comprender el papel de cantera política que jugara el contubernio de Munich. Y ello ocurre de tal manera y grado que el proceso iniciado acabó por envolver incluso a los viejos participantes del exilio; ahí está el dramático caso de Rodolfo Llopi, uno de los impulsores del contubernio, luego víctima de esta devolución de la iniciativa política al interior del país, a través de un golpe de estado interno en su partido que devolviera el poder a las nuevas generaciones del interior.

Pero, sobre todo y por encima de todo, la resolución de Munich fue uno de los primeros indicios de la gestación en España de una alternativa de tipo europeo; no sólo una alternativa económica, el mismo régimen franquista había solicitado el 9 de febrero del mismo año de 1962 la adhesión a la Comunidad Económica Europea, sino esencialmente una alternativa política: Europa era algo más que una salida tecnocrática, un problema mercantil, Europa era una salida política, era democracia, partidos políticos, sindicatos libres. Frente a la dialéctica de la propaganda de la dictadura, o nosotros o el comunismo que entonces era la única fuerza política organizada en la clandestinidad, la reunión de Munich equivalía a romper este pseudodilema: el contubernio mostraba con suma claridad, mediante sus cinco sencillos puntos, que el verdadero dilema estaba entre la democracia y la dictadura.

En síntesis, la política española, tanto la de la dictadura como la de la oposición democrática, no fue la misma antes que después de la cita de Munich: el dictador tuvo que variar su política incorporando al

NOTAS DE LA CAUSA MONARQUICA

ENTREVISTA CON EL CONDE DE BARCELONA

(Nota entregada a la prensa con carácter oficial)

El día 15 de Junio, en aguas del Sur de España, Don José María Pemán y Don Alfonso García-Valdecasas, Presidente y Secretario del Consejo Privado de S. A. R. el Conde de Barcelona, tuvieron ocasión de saludarle a bordo del yate «Sallilo», en que regresaba de Atenas, y recibieron de El las siguientes manifestaciones:

El Conde de Barcelona nada sabía de las reuniones de Munich hasta que, después de ocurridas, escuchó en alta mar las primeras noticias a través de la radio. Nadie, naturalmente, ha llevado a tales reuniones ninguna representación de su Persona ni de sus ideas. Si alguno de los asistentes formaba parte de su Consejo, ha quedado con este acto fuera de él.

A este propósito, y aparte de proclamar nuestra identificación con esas auguradas palabras, es preciso llamar la atención sobre el empeño y hasta la coacción con que se ha difundido en la prensa y radio españolas la información de un diario extranjero, que temerariamente mezclaba el nombre del Conde de Barcelona con algo tan extraño a lo que El significa. Esto contrasta con el modo sistemático en que se han venido silenciando tantas manifestaciones personales suyas, diáfanos y terminantes, incompatibles con todo equívoco.

Boletín de la Secretaría del Consejo Privado del conde de Barcelona.

Gobierno a quienes deseaban liberalizar el régimen autoritario, los liberalizadores contrastados con la realidad política devienen en los primitivos reformistas que pactarían posteriormente la salida política de la dictadura con la oposición democrática, los demócratas empiezan a caminar lentamente, pero sin pausas por la senda de la unidad de acción y la iniciativa política pasa a mano de las nuevas generaciones que residían en el interior de España. Evidentemente no es Munich quien provoca todo este cambio, es el crecimiento socioeconómico del país quien lo gesta, y hubiera ocurrido más o menos igual de cualquier otra forma y en cualquier otro lugar; pero la casualidad histórica hizo de esta reunión el catalizador de una serie de tendencias que estaban a ras de tierra.

Un símbolo viviente

Por ello, veinte años después, continúa siendo un símbolo para las fuerzas democráticas de nuestro país; aunque hay que reconocer que su vigencia responde también a las vicisitudes del proceso democrático español: es la ofensiva de la conspiración golpista la que provoca que Munich sea un símbolo viviente dentro de las fuerzas que componen el arco democrático y constitucional. Y lo es porque Munich es todo un ejemplo de cómo combatir a los enemigos de la democracia; si en aquel momento la unidad de los demócratas era indispensable para la recuperación de la democracia, ahora la unidad de los demócratas es condición «sine qua non» para la defensa del sistema democrático. ■ F. L. A.